

Evelyn Cordero, bailarina y fundadora del Conservatorio de Danza Experimental: **“La danza es mi vida, bailo incluso en los sueños”**

Cuando la entrevistamos, venía llegando de Huilo Huilo donde participó con un grupo de 50 personas—entre alumnas de su academia y amigas—para celebrar el cumpleaños 80 de una de ellas. “Ya no vuelvo salir”, declara de entrada Evelyn Cordero de Alcalde—el segundo apellido es por su marido—, aunque más adelante contará que cuando se reponga de ese agotador viaje tiene pendiente ir a Francia para conocer a una bisnieta. A sus 100 años—en julio cumplirá 101—, suma 15 nietos y en unos meses más tendrá 20 bisnietos.

Su hija Bernardita, quien vive con Evelyn y nos acompañó en la entrevista, cuenta que fue ella quien la postuló a los 100 Líderes Mayores 2025—de Conecta Mayor UC, “El Mercurio” y la Universidad Católica—recién cuando cumplió 100 años, porque pensó que era prerequisite para nominarla. “En la premiación, cuando nombraron a mi mamá aparte, junto con otros pocos líderes de más de 100 años (seis en total), entendí que no era así”, recuerda.

Y es que no muchos pueden contar la hazaña de superar el centenario. Según datos del Instituto Nacional de Estadísticas (INE) se estima que al año 2026 hay más de 6.700 personas de 100 años o más, lo que para una población de 20 millones equivale a un 0,03% de esta.

Si a esto se suma que Evelyn da clases dos veces por semana en su academia, el Conservatorio de Danza Experimental (ex Ballet Vitacura) que dirige junto a sus dos hijas también bailarinas, Beatriz y Bernardita Alcalde, su longevidad autovalente no puede menos que sorprender. Su explicación: haber hecho actividad física desde niña.

Temprana vocación

Nacida en 1925 en Valparaíso, Evelyn Cordero llegó a la danza gracias a sus dos hermanas mayores, cuando tenía menos de cuatro años. Su mamá las llevaba a una academia en la ciudad puerto, donde vivían, y Evelyn bailaba en el asiento mientras las esperaba. Viendo su entusiasmo y condiciones, en una oportunidad la profesora la invitó a bailar y desde entonces no paró más. Esto, pese a que su mamá quería que se dedicara al piano, instrumento que tocó algunos años—en el living de su casa tiene un piano de cola—y sueño que cumplió uno de sus cinco hijos, Andrés, compositor que ganó el Premio a la Música Nacional Presidente de la República, en la categoría de música docta en 2013.

Con un talento innato, no pasó mucho tiempo para que fuera conocida en Viña y Valparaíso, y comenzara a participar en distintas presentaciones. “Hasta sombreros me acuerdo que me tiraron al escenario. En todas partes me pedían que bailara ballet”.

Luego tomaría clases con profesores extranjeros. Uno de ellos, Plinio Otánsky, instaló una academia y la tomó, primero como alumna, y luego como su ayudante. Otro fue el profesor húngaro, Charles Zsedenyi, que se quedó cinco años en Chile, huyendo de su país, y la tomó como su solista en la escuela que fundó en el Teatro Municipal. Entre otras obras, bailó como primera bailarina en “El príncipe de madera”,

En una época en que pocas mujeres trabajaban fuera de la casa, levantó una academia y terminó formando a varias generaciones de alumnas. Hoy, a los 100 años, sigue enseñando y demostrando que el movimiento no tiene edad.

Constance Kerber S.



La celebración del cumpleaños 100 de Evelyn, junto a sus cinco hijos y algunos nietos y bisnietos.

de Béla Bartók, para la cual Zsedenyi mandó a hacer el decorado con el artista más caro de la época y contrató a la Sinfónica.

Con esta experiencia en el cuerpo montó junto a su hermana Daisy, quien también había estudiado danza en Inglaterra, una academia de ballet en Viña, en el salón de un hotel. Comenzaron con cinco inscritas y al poco tiempo ya sumaban más de 200. “De repente pasó a ser una de las cosas importantes, todo el mundo quería estudiar ballet”.

Antes, a los 14 años, había conocido a quien sería su marido, Roberto Alcalde. Fue en el paseo de la calle Valparaíso, muy frecuentado por la juventud de la época. Se casaron 10 años después y se vino a Santiago donde trabajó su marido, ingeniero civil de la Universidad Federico Santa María. Daisy quedó a cargo de la academia que habían formado las hermanas Cordero.

Con dos niños chicos por criar y alejada del ballet, luego del nacimiento de su segundo hijo, Evelyn no consideraba la posibilidad de volver. Esto, hasta que entre su hermana mayor y su cuñada, también aficionada al ballet, la arrastraron de vuelta a la danza. “Mi suegra hacía vestuarios para el Teatro Municipal: los famosos tutús”.

Contra todo pronóstico

Alojando en su casa de visita en Santiago, Daisy la invitó a una de sus clases de ballet. “Me convenció y, cuando su profesor me vio llegar, me dijo que me preparara para bailar. Ante mi asombro, mi hermana me confesó



Evelyn Cordero, junto a sus hijas Beatriz y Bernardita, con quienes enseña en su academia.

que había llevado mis cosas. Debo haber tenido unos 26 o 28 años y desde entonces nunca más volví a dejar el ballet”.

En 1948 participó dictando clases con una socia que tenía una sala en Vitacura, en la casa de su mamá. Nació así la Academia de Ballet Vitacura, que duró hasta 1973, año en que su colaboradora se fue de Chile.

Sin socia ni sala, se le ocurrió entonces arren-



Evelyn Cordero dicta clases en su academia todos los martes y jueves en la mañana.

dar un galpón abandonado en la población El Ejemplo, cerca del Colegio Saint George. Sucio y en mal estado, Evelyn se las arregló para acondicionarlo para sus clases. Para ello, primero tuvo que hablar con su dueño y, contra todos los pronósticos—considerando la situación política que él vivía el país—, se encontró con que éste era tío de una exalumna y aceptó arrendárselo. Pero él también dudó de la viabilidad del proyecto, considerando el burrial que se formaba cuando llovía. Sin embargo, “a los dos meses ya no cabían alumnas en el salón”, recuerda Evelyn.

Estaban en ese galpón cuando ocurrió el temporal de 1982 en Santiago—con aluvión incluido—, el que provocó la inundación de la sala y dejó su piano flotando en el río Mapocho. Entonces, debieron trasladarse a un local en el Pueblo del Inglés, en Vitacura, en el que sus alumnas apenas cabían. “Cuando levantaban las piernas chocaban unas con otras y a veces era tanto el tumulto que terminaban ensayan-

do en el pasillo”. Allí estuvieron durante unos tres años y luego partieron a una casa en la calle Nicolás Gogol frente a la Párroquia Los Castaños de Vitacura, donde hasta hoy continúa su academia, convertida en Conservatorio de Danza Moderna y donde se trabaja sobre la danza experimental con diferentes estilos, lenguajes y técnicas.

Entre sus alumnas, Evelyn recuerda a Rosa Devés, Rectora de la Universidad de Chile, quien, en julio de 2025, escribió un discurso para la celebración de su centenario.

“Vimos cómo, en una época en que el trabajo de las mujeres fuera de la casa era aún poco habitual, levantó con convicción y valentía una academia que con el tiempo se convertiría en patrimonio de la danza en Chile que educaría a generaciones de niñas, a las hijas, a las nietas de sus primeras alumnas”, se lee en parte de él.

Y es que si algo se le reconoce a Evelyn Cordero es haber sido una adelantada a sus tiempos.



En su juventud, Evelyn interpretó varias obras de ballet como primera bailarina.



Con su marido, Roberto Alcalde, con quien tuvo cinco hijos: tres mujeres y dos hombres.

rigiendo y trasponiendo sus conocimientos de danza, a través de la música, con su bastión colgando en una barra y acompañada de su hija Bernardita, quien también es profesora de la academia. Beatriz, su otra hija bailarina, en tanto dictaba clases en una sala contigua a un grupo de bailarinas más jóvenes.

—[El arte ayuda a envejecer mejor?]
“Sí, la danza enseña a vivir con dolores físicos. A mí, por ejemplo, no hay día en que no me duele algo”.

—[Qué le diría a alguien mayor que quiere empezar o retomar la danza?]
“Que lo haga, nunca es tarde para partir”.

—[Cómo ha cambiado con los años su relación con el cuerpo?]
“Justo hablaba con una alumna sobre esto. El cuerpo cambia todos los días, le dice, nunca es igual. En mi caso fue muy paulatino, de a poco”.

Aunque es consciente de sus limitaciones, Evelyn cuenta que en plena pandemia quiso dar un salto en el aire. Lo logró tomada de las manos de Bernardita. “Quise volver a tener la sensación de despegarme del suelo”.

En pandemia también dictó clases por Zoom, el baile debía continuar, aunque reconoce que la tecnología le terminó por cansar.

—[Hoy, cuando muchos piensan en jubilar, usted continúa. ¿Por qué? ¿No le dan ganas de descansar?]
“No, siempre estoy haciendo cosas. Si no estoy enseñando, jardíneo y en la noche juego cartas—solitario—acostada en mi cama hasta tarde en una bandeja que de uno de mis nietos—el marido de Bernardita—me armó y que una amiga adaptó con una superficie más grande porque las cartas no me cabían [hoy de mayor tamaño que lo normal]. Aún disfruto decorando mi casa y cuando puedo voy a una casita que tengo en Concón. También me encantan las labores, he diseñado muchos trajes para las presentaciones que hacemos a fin de año y tengo mucho género que he ido comprando”.

—[Ha considerado la posibilidad de dejar de hacer clases?]
“Nunca. La danza es mi vida, bailo incluso en los sueños”.

—[Qué le ha enseñado el paso del tiempo sobre la danza?]
“La danza me ha dado mucho, entre otras cosas, mi gusto por la música. También a apreciar la naturaleza: es arte integral que llena mucho y que está en todo”.

—[Está satisfecha con lo que ha hecho?]
“Sí, hice lo que pude. Lo que el cuerpo me permitió”.

Y lo sigue haciendo. Aunque la audición y la vista no la acompañan como antes, su buen ánimo no decae. De risa fácil, asegura que la mente es la que manda, constatando la importancia de la actitud frente a la vida. Y ella es cien por ciento actitud.

“Una mujer que trabajó con cinco hijos, en una época en que ninguna lo hacía”, destaca su hija Bernardita.

Evelyn dicta clases los martes y jueves en su academia a un grupo de 15 señoras mayores de 70 e incluso 80 años, algunas de ellas antiguas estudiantes. Cuando la mayoría de las mujeres de esa edad está en su casa descansando, las alumnas de ese curso trabajan su cuerpo guiadas por su maestra que se preocupa de que entiendan lo que bailan y que aprendan en francés el nombre de los pasos y movimientos que ejecutan. “Les hago una hora de clases que fácilmente se puede transformar en una hora y media, para después terminar tomando un café al lado de la academia. Eso da vida”.

Las alumnas en acción: dando indicaciones, co-

100 Líderes Mayores

RECONOCIMIENTO ANUAL A PERSONAS 75+ QUE IMPACTAN EN LA SOCIEDAD